

CATALUÑA Taurina



BARCELONA x 13 de junio de 1967 x SUPLEMENTO NUMERO 27

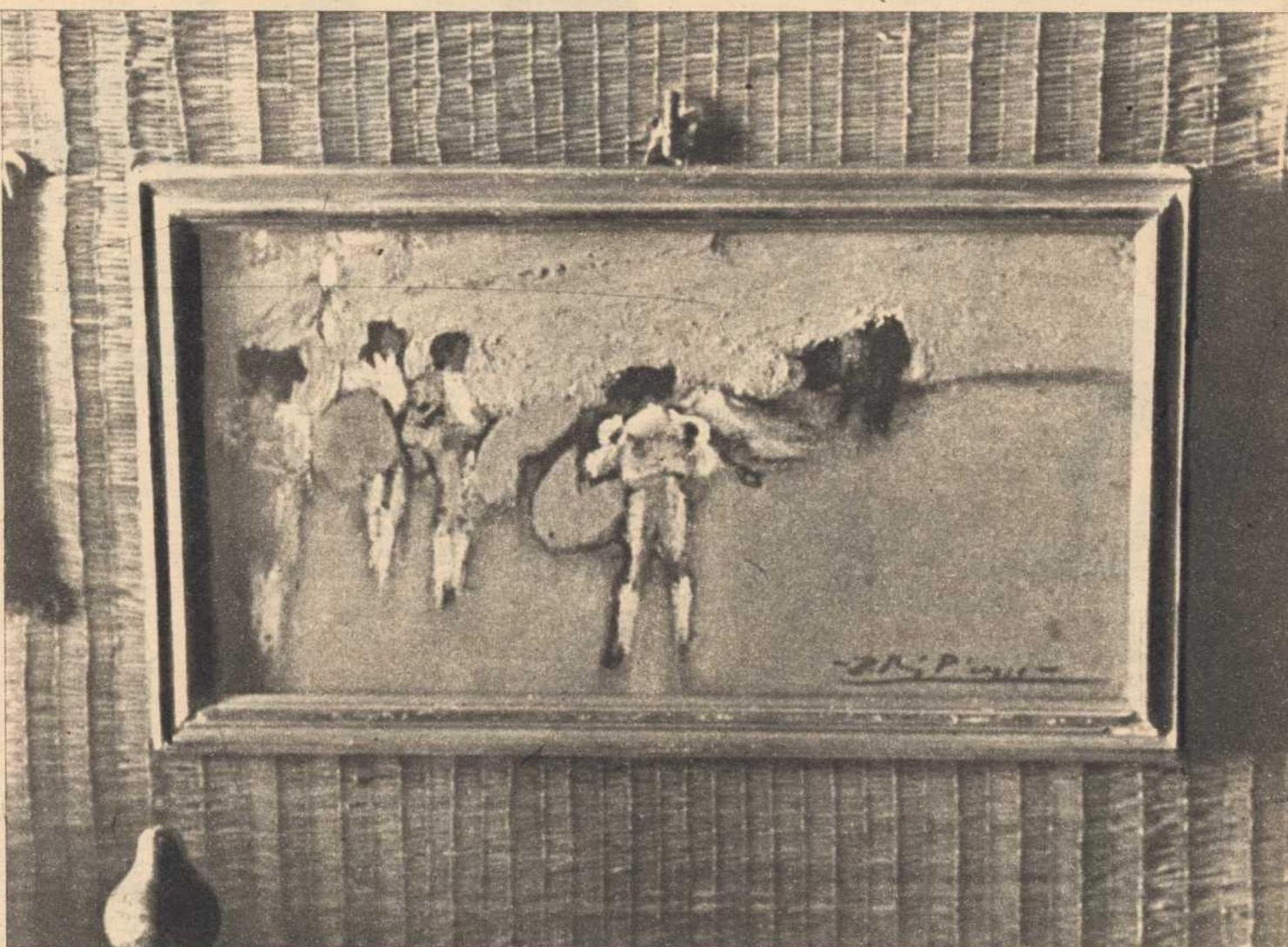
PICASSO EL DE LOS TOROS Y BARCELONA

En todas las biografías de Picasso —y las hay a centenares y en todas las lenguas— se narra su estancia en la Barcelona de principios de siglo; gustaba ya de adolescente dibujar escenas taurinas y las vendía por los cafés, con su importe pagaba la localidad para asistir a los toros.

Picasso, como Goya, «el de los toros». Pues bien, en Sitges, Santiago Rusiñol montó un hermoso «estudio» de pintor, donde llevó sus colecciones de hierro, vidrio, cerámicas, lienzos... Ese «estudio» hoy convertido en acogedor Museo, se denomina «Cau Ferrat».

Hemos ido, estos días estivales, al «Cau Ferrat». Y en nuestras pesquisas de obras taurinas catalanas para conocimiento de nuestros lectores de EL RUEDO, hemos visto este bellissimo pastel, de Picasso, catalogado en el «Cau Ferrat», con una escena taurina. A juzgar por la firma (aún rubricaba sus cuadros con el malagueñísimo apellido Ruiz, paterno) es de su primera época. Matizado en finísimos rosas y violetas, este pastel de Picasso es una diminuta joya, flor de una colección barcelonesa.

(Foto, Pérez de Rozas.)



EL «ESPONTANEO» Y «ESCUELAS PARA EL DESENGAÑO»

Hace unas semanas, en Barcelona, un «espontáneo» se arrojó al ruedo. No ocurre ello con frecuencia en nuestra plaza; ahora bien, el suceso puso de actualidad su figura.

Cuando se tira un «maletilla» al redondel se dibujan tres actitudes; en los graderíos se producen dos movimientos: uno, el más ancho y caudaloso, de simpatía. El público, psicológicamente, ve con agrado cómo algo salido de su seno se destaca e individualiza, busca y adopta un ademán heroico llevando atavío civil. El fino instinto popular se identifica con el «espontáneo» y con él palpita su esperanza.

Existe también en los graderíos una «minoría» muy selecta a la que el «espontáneo» no le place. El muchachillo, en mangas de camisa, enfrentado con un toro, por regla general, en el primer tercio de la lidia, sin más defensa que un brevísimo engaño oliendo aún al sudor del pecho, junto al que lo tuvo escondido, no dice nada a su espíritu. Se agrava el hecho porque casi siempre el «maletilla»; en estas condiciones, se limita a unos trapazos sin arte y con dramático riesgo de su vida. El «espontáneo», analizado como «espectáculo», es, más que gozoso, triste.

Y, por último, tenemos la reacción del «maestro» frente al «maletilla»: en un orden genérico es de repulsa. Los mantazos, mal prodigados, suelen viciar al toro, inutilizándolo para el resto de la lidia.

Distintas providencias y medidas se han adoptado contra el «espontáneo»: multas, retirada del carnet sindical, prohibición de actuar... Y, sin

embargo, no falta en los periódicos la noticia de que un muchachito ilusionado se arrojó del tendido en una plaza con el sueño de enfrentarse no sólo a una res, sino —y es lo más importante— ante una ancha audiencia examinadora.

El fenómeno, por repetido, merece atención. No cabe duda de que al «espontáneo» no se le elimina con medidas restrictivas ni coartadoras: resbalan éstas sobre su piel; el aparato legal no hace la menor mella en su espíritu. El corazón capaz de enfrentarse, con épico heroísmo, ante un toro con romana, sin picar y con una muletilla escasa y primitiva, sonríe, desdeñoso, a la amenaza de tenerse que encarar con una sanción económica y con la imposibilidad de actuar en una plaza, condena ingenua, pues es la que ya sufre el «espontáneo».

El «espontáneo» entra dentro de una tipología española muy acusada: es un «remontado», un «rebelde». Pero cuando se plantea una rebelión hay que analizar inmediatamente si su bandera es justa o, por el contrario, viene manchada con el signo de la injusticia. Una «rebelión» pura, por la «rebelión» misma, no es más que un gesto negativo; un destructor anarquismo.

El «espontáneo», a nuestro entender, se arroja al ruedo porque no existen en España, en el terreno taurino, unos cauces lógicos y legales para alcanzar la profesión taurina. O se hace un torero a través de un «padrino» rico, financiador de una operación, con el mismo planteamiento de inversión económica y riesgo de pérdida con que se establece una fábrica, o el muchacho se deshace en las novilladas pueblerinas, entre

reses resabiadas y públicos más resabiados aún que los mismos toros.

A nuestro entender la «rebelión» del «espontáneo» es justa en tanto en cuanto no se le ofrezca una salida legal a su esperanza de gloria y dinero. Cuando un río no encuentra un cauce, se desborda. Hay, pues, que montar un dispositivo regulador mediante el cual todos esos aspirantes a toreros tropiecen con la posibilidad de un despliegue condicionado. Es algo interesante para la autoridad, para el público, para los toreros y empresarios. Y para la continuidad de la Fiesta brava.

A finales y principio de temporada deberían organizarse «novilladas económicas» para «maletillas». No se trata de ofrecer una «oportunidad»: sería como abrir la mano, procurando que tantos sueños acumulados en cabezas primitivas adviertan el modo normativo de desplegarse. Se acabaría, así, el alardear en los cafés y en las tabernillas de lo que haría o de lo que no se haría si uno se enfrentase con un toro. Las ilusiones, como los gases, se concentran, y si no aparece una vía de expansión, estalla el recipiente que los contiene. En el fondo, un «espontáneo» no es más que la última consecuencia de una explosión no evitada.

Abogamos, pues, por centros taurinos cuya existencia tenga la misión de desinflar globos demasiado cargados de tensiones. El «maletilla», para que no se convierta en «espontáneo», necesita una escuela. Pero, ¡ay, amor!; ¡ay, dolor!; una «Escuela de Desengaños».

Rafael MANZANO

EL DEDO DE COLON

(RUMOR Y HUMOR EN LAS RAMBLAS)

Desde su altura, la estatua de Colón debe observar muy bien la panorámica general de la temporada en Barcelona. Por otra parte, la columna de su monumento es como la de un termómetro, caldeada por los rumores de las Ramblas.

—Resumen climatológico, Almirante.

—El anticiclón Ordoñez-Camino-Viti ha elevado la temperatura ambiente.

—Eso del «anti», ¿va por el ciclón Cordobés?

—No. Va por el tremendismo en general. Ha experimentado una baja al decir el trío citado: «Este es el sitio para torear, y ésta es la forma.»

—¿Se puede saber qué sitio es éste?

—La distancia justa entre toro y torero, para llegar al público. Con arte, cabeza y brazo. Esa es la forma. Pero el sitio, en el toreo, es lo importante. Quien sabe colocarse ante el toro se coloca también ante el público.

—Todo lo que usted quiera. Pero, una vez más, el único que ha llenado la Monumental hasta ahora ha sido Cordobés. Y con las entradas más caras.

—No sea usted tan vulgar como algunos críticos que se salen por la tangente de las taquillas. La realidad es que Cordobés, a su manera, también ha encontrado «su sitio» ante el toro. Además, en su última corrida, dio pases largos, limpios, con temple y mando.

—Por ahí abajo dicen que lo suyo es lo otro.

—Lo he oído. Eso de los lances retorcidos, los pases cortos, las rabieta de rodillas... Pero, como Manuel Benítez continúa con lo uno y ahora adopta lo otro, no cabe duda que sigue encontrando el sitio ante el toro. No todos pueden decir lo mismo, por lo que se ha visto.

—Señale, Almirante.

—Benjumea. El muchocho es valiente, con pavor. Sin embargo, hasta ahora, con cinco corridas en Barcelona, aún no ha encontrado el sitio ante el toro. Casi siempre está descolocado. Es más, el toro, muchas veces, le encuentra el sitio a él. Y el público, además de sufrir viéndole torear, se da cuenta de que el toreo no es eso.

—Todo lo que usted quiera, pero, el otro día, una faena tremendista le valió dos orejas. Y a Paco Camino no le dieron ni una sola, a pesar del sitio.

—Lo que demuestra la veleidad de los públicos y de los presidentes. Porque, ¿usted cree que con una o dos orejas se puede catalogar lo que hizo Camino a un toro con semáforo rojo?

—Eso del semáforo no lo entiendo.

—Pues está claro. Aquel toro de Iban era reservón, duro, y se ceñía y frenaba al pasar. Que no tenía el semáforo verde abierto, hombre. Los entendidos dijeron: «No le hará faena». Los impresionables pidieron: «¡Mátalo!» Y Camino dijo: «Luego». Clavó los pies en la arena, obligó, consintió, desengaño y templó y mandó, derribando todas las teorías sobre los toros que no pasan. Eso se llama valor consciente; valentía, apoyada en la sabiduría. Que no es lo mismo que el tremendista, «salga lo que salga».

—Y, ¿usted cree que el público de Barcelona se da cuenta de eso?

—En parte sí y en parte no. Como todos los públicos. Los pases cortos y veloces, a razón de treinta por segundo, las estocadas a lo «chapuzón» —que viene de chapuza—, las rabieta y los desplantes locos siempre tendrán admiradores. Pero, lo otro, clavar los pies en la arena —Ordoñez, Camino, Viti—, llevar el toro mandado y templado en pases largos, de uno cada treinta segundos, y las estocadas —Viti— haciendo humillar, cruzando y dejándose ver..., es lo eterno. Y lo que mantiene la temperatura ideal en Barcelona.

—Pero esas otras faenas poniéndose en el camino del toro, aguantando achuchones y caídas, y volviendo a la carga, ponen el toreo muy difícil para muchos.

El Almirante me miró con sorna y dijo:

—Lo difícil en el toreo es mandar en el toro haciendo arte, no el hacer sufrir a la gente. El sitio: la distancia justa. Y la forma: los pies clavados, con la pierna contraria adelantada, y correr la mano. Difícil puso el toreo Juan Belmonte. Ahora, lo sigue poniendo uno que yo me sé.

La estatua me hizo un guiño, citó con el rollo de papeles de su mano izquierda a un camión que venía del Paralelo, adelantó la pierna contraria y, en un natural largo, le dio la salida hasta la estación de Francia. Allí, un urbano le puso una multa al conductor. ¡Se había saltado dos semáforos rojos!

«Pep VENTURA»



Juanita de la Piedra, emocionada, besa a Manuel Benítez.—(Foto, Sebastián.)

Manuel Benítez «Cordobés» es noticia. Siempre lo es. Allí donde está él la noticia le acompaña. Hoy ha sido protagonista de un emotivo acto en un hotel barcelonés. Ha recibido a una muchacha que sufre de parálisis. Se llama Juanita de la Piedra, tiene dieciséis años y reside en Badalona.

Pero, en fin, más que lo que podamos explicarle, mejor será la versión que de los hechos nos ofrece don Francisco Orobitg, director del hotel, quien se encuentra convaleciente de un reciente accidente sufrido, y que ha actuado como mediador entre Juanita de la Piedra y Manuel Benítez «Cordobés».

Veamos qué nos dice:

—La niña sabía que Cordobés se aloja habitualmente en nuestro hotel y pedía mi intervención con objeto de colmar una ilusión que tenía de pequeña. Ahora bien; más que verlo torear, quiero verlo—me dijo—. No dudé en hacer todo lo posible para que Manolo conociera la ilusión de esta pequeña. Le escribí una carta, naturalmente, como colega hotelero y se la envié a su hotel de Córdoba; la carta tuvo su curso y la acogida también fue la que yo esperaba: Cordobés estaba dispuesto a hacer realidad la ilusión de esta muchacha. Así, pues, cuando Cordobés llegó al hotel me notificó que había recibido la carta y que estaba predispuesto a hacer feliz a esta muchacha. Para ello el hotel la ha invitado como huésped y Cordobés para que asista al festejo de hoy en la Monumental.

JUANITA ESCRIBE AL DIRECTOR DEL HOTEL

El texto íntegro de la carta que Juanita de la Piedra dirigió a don Francisco Orobitg reza así:

«Señor director:

En primer lugar paso a decirle que si mi carta es una molestia para usted le ruego que me perdone, y también el atrevimiento que tengo al escribirle, puesto que no le conozco, pero mi afición es tanta que me impulsó a hacerlo.

Verá: Soy una chica de dieciséis años, tengo parálisis en una pierna, ando con bastones, y mi mayor ilusión siempre ha sido, y será mientras viva, ver a Cordobés, pero muchas veces he intentado ir, pero no me ha sido posible, porque realmente no disponemos de 200 ó 300 pesetas para una entrada a los toros, y no es mi ilusión, sino que me gustaría verlo cara a cara.

Me he enterado de que cada vez que viene a Barcelona se hospeda ahí y he decidido ir a verlo al hotel, pero me han dicho que no me dejaría entrar

y por eso he decidido escribirle a usted, por si me puede ayudar a que se cumpla mi deseo. Si puede hacerlo, por favor, escríbame y dígame qué día del mes de mayo viene él; también dígame si me será posible verlo. Le juro que quedaría muy agradecida si pudiera verlo, pues es tanta mi ilusión por verlo...

Si pudiera usted ayudarme, por favor, escríbame para que yo no me quede esperando su carta. Si puedo entrar, mandaré un vale que lo pueda justificar. De todas maneras, si me escribe le quedaré muy agradecida.

CHARLA CON JUANITA

Ahora es Juanita de la Piedra quien da respuesta a nuestras preguntas. Juanita es rubia y, además, muy guapa. Malagueña. Pelo largo, lacio sobre los hombros. Muy a lo nuestro tiempo.

—¿Por qué este deseo de conocer a Cordobés?

—Porque me ha gustado siempre y seguirá gustándome. Además, una vez fue al hospital y nos pagó una comida a todos



Juanita de la Piedra, junto a sus muletas de parálisis, habla con nuestro colaborador Alonso Ramírez.—(Foto, Sebastián.)

los niños y niñas internados allí.

—¿Qué sensación le invade en estos momentos?

—Muy grande. Es algo maravilloso. Me gustaría verlo cuanto antes mejor. No sé qué decir más...

—¿Le gustan los toros o sólo Cordobés?

—Sólo Cordobés. Aunque también me gustan los toros, pero menos.

—¿Sabe que esta tarde asistirá a la corrida?

—Sí. Me lo ha dicho el señor Orobitg, y al que estoy muy

JUANITA DE LA PIEDRA, AFECTA DE PARALISIS, REALIZO UN SUEÑO; CONOCER AL CORDOBES

EMOTIVA HISTORIA EN UN HOTEL DE BARCELONA

agradecida por el interés que se ha tomado conmigo.

—¿Qué le pedirá a la Virgen para su idolo?

—Que siempre le dé mucha suerte. Y, naturalmente, que siempre lo pueda ver como hoy.

ENTREVISTA JUANITA DE LA PIEDRA Y CORDOBES

El ansiado momento del encuentro entre Juanita y Manolo llega por fin. Tiene como marco la habitación donde convalece el director del hotel, Cordobés se ha presentado vestido de luces. Faltan treinta minutos aproximadamente para la hora de la verdad.

JUANITA.—Yo le recuerdo a usted porque un día Rafael Sánchez «Pipo», en su nombre nos ha obsequiado con una comida a todos los enfermos internados en el hospital de San Rafael.

CORDOBES.—De esto hará ya unos cuantos años.

JUANITA.—Pues, sí. Hace ya algunos años.

CORDOBES.—Lo menos cuatro o cinco años.

JUANITA.—Bueno, solamente dos o tres.

CORDOBES.—Eres muy guapa, Juanita. Pero de verdad que muy guapa. Vas a ir a la corrida.

Interviene el director del hotel.

—Sí. Aquí las tiene. Son las que usted le ha dado.

Cordobés hace entrega de las mismas a Juanita, y tras unos afectuosos besos por ambas partes marcha hacia la plaza.

Momentos que aprovechamos nosotros para tener un cambio de impresiones con él. Hecho que resulta materialmente imposible, dado el bullicio que reina en la habitación. Pero, en fin, del dicho al hecho...

—Manolo, ¿eres feliz, y perdón por la redundancia, haciendo feliz a los demás?

—Siempre hago lo que puedo por los demás. Ellos nos ayudan en su carrera y yo no tengo más remedio que hacer lo mismo por ellos.

—En Cordobés, ¿quién manda, la cabeza o el corazón?

—De todo un poco...

Sigue el asedio. El diálogo resulta poco menos que imposible. Intentamos de nuevo hacernos con el personaje.

—¿Te consideras mejor como hombre que como torero?

—De todo un poco, hombre...

Como broche final a este emotivo acto, del que hemos sido testigos de excepción, junto con nuestro fotógrafo Sebastián, terminaremos afirmando que Juanita de la Piedra vio cumplido su deseo: ver a Manuel Benítez «Cordobés» fuera y dentro de la plaza.

Alonso RAMÍREZ
(Fotos: SEBASTIÁN.)